



Fernando Diez de Medina

CRÓNICA DE LOS ANTEPASADOS

(Del 708 a 1955)

Escrito el año 1970

Primera edición electrónica, 2005

*
*
*

Portada: El escudo de armas
de los Diez de Medina

EDITOR © Rolando Diez de Medina
La Paz – Bolivia

INDICE

[Línea Diez de Medina](#)
[Palabras de introducción](#)
[Capítulo I](#)
[Capítulo II](#)
[Capítulo III](#)
[Capítulo IV](#)
[Capítulo V](#)
[Capítulo VI](#)
[Capítulo VII](#)
[Capítulo VIII](#)

“Que la fama, perseguida
por todos después de su
existencia, viva registrada
en nuestras tumbas de
bronce y nos preste luego
su gracia en la desgracia
de la muerte...”

Shakespeare

LÍNEA DIEZ DE MEDINA

Cuadro genealógico 1497 – 2005

1	Diego Diez de Medina	Doña María de Ximilio	Briones	1497 - 1560	
2	Pablo Diez de Medina	Doña Juana Salinas	Briones	1528 - 1590	
3	Miguel Diez de Medina	Doña Juana Bautista de Aguilar	Madrid	1558 - 1612	
4	Pablo Diez de Medina	Doña Lucía Romero de Saravía	Madrid	1590 - 1664	
5	Pedro Isidro Diez de Medina	Doña María Josefa Salgado y Araujo	Arequipa	1629 - 1690	
6	Pedro Diez de Medina	Doña Teresa Iseo Badarán y Tarasona	La Paz	1660 - 1729	
7	Tadeo Diez de Medina	Doña María Francisca Calderón de la Barca	La Paz	1696 - 1760	
8	Félix Diez de Medina	Doña Juana Manuela de la Sota y Parada	La Paz	1735 - 1781	
9	Clemente Diez de Medina	Doña Javiera Barreda y Bustamante	La Paz	1777 - 1848	
10	Manuel Diez de Medina	Doña Fabiana de los Ríos	La Paz	1802 - 1865	
11	Federico Diez de Medina	Doña María Lertora Larrea y Loayza	La Paz	1839 - 1904	
12	Eduardo Diez de Medina	Doña Etelvina Guachalla Solares	La Paz	1875 - 1955	..
13	Fernando Diez de Medina	Doña María Paz Campero	La Paz	1908 - 1990	...
14	Rolando Diez de Medina	Doña Martha Romero Estenssoro	La Paz	1941	
15	Ximena Diez de Medina Romero			1962	
	Javier Diez de Medina Romero			1965	
	Claudia Diez de Medina Romero			1967	
	Nicolás Diez de Medina Romero			1974	
		· Bisnieta del Capitán Mancio Serra de Leguizamón			
		.. Hija del Presidente electo Fernando Eloy Guachalla			
		... Tataranieta del Marqués Campero, nieta del Presidente Narciso Campero			

PALABRAS DE INTRODUCCIÓN

Pasó el tiempo de genealogías: el hombre es, hoy, hijo de su proeza. Pero siempre es grato recordar que hubo un origen, recorrer la sucesión de seres y acontecimientos que constituyen los linajes. Eso que la sangre llama: herencia. Eso que el espíritu apela: ancestro.

No por vano, sino para que hijos y descendientes recuerden lo que fué antes que ellos, compongo esta crónica que no es riguroso documento histórico ni evocación literaria; solo un testimonio basado en el estudio de muchos años, en datos extraídos de libros y archivos, en papeles que se examinaron en España, en laboriosos apuntes de mi tío, don Alberto Diez de Medina, y en mi propia búsqueda para llenar los claros que suelen presentarse al reconstituir la travesía humana de los antepasados.

Casi toda la primera parte, desde que aparece Berenguel de Callmedina, señor de Vique, en Cataluña, alboreando el siglo VIII, hasta que nace Diego Diez de Medina en la villa de Briones, repartimiento de Haro, provincia de Logroño, en 1497, pertenece tanto a la historia como a la leyenda. No obstante, si de sus hechos se habla a veces vaga o poéticamente, los personajes son históricos, y así lo certifica don Ramón Zazo y Ortega, Cronista y Rey de Armas de su Majestad en el Libro Genealógico y Heráldico de la familia que con preciosas páginas miniadas se compuso en Madrid en 1779.

La segunda parte, desde 1497 hasta 1955, año en el cual murió mi padre, don Eduardo Díez de Medina, comprende la narración cronológica y continuada de catorce generaciones. Es el relato propiamente histórico.

Hasta donde alcanza el juicio crítico, nadie puede precisar qué transmite y qué agrega el cronista. Un suave tinte evocativo reduce las sombras y acrecienta la luz de los perfiles. Casi todo es cierto es más honesto que afirmar todo es verdadero.

No fuí acosado por grandezas imaginarias ni me asaltó el deseo de hacer héroes de varones respetables. Solo un deber hacia los que se fueron y para con los que vendrán.

Si a los Díez de Medina se nos reprocha que tenemos acrecida la personalidad y el renombre del nombre, diré que estuvimos siempre cerca de Dios, temerosos de su ley, y que salvando los naturales altibajos de la fortuna fuimos justos en el poder, dignos en la desgracia, habiendo merecido epíteto de "señores" más por el decoro de la conducta que por títulos y honores.

Que la verdad y el buen juicio guíen esta crónica, iniciada a los sesenta años de mi edad, cuando ya escritor y soñador llevan el contrapeso de la carga humana con su doble insistencia de saber y pesadumbre.

Y ésta es la Crónica de los Antepasados como aconteció en el tiempo, como la vislumbro en el corazón.

I

Dice el cronista del Rey que el gran Berenguel de Callmedina fué tronco y raíz principal de los caballeros Medina, señores de Vique y poseedores de vastas tierras en Cataluña.

Este guerrero distinguido casó con Aula Menia, hija de romanos naturalizados españoles, el año 708, de donde proviene la fusión singular de estirpes de Roma y de Iberia.

Cuando se produjo la invasión de los árabes a la península, muchos nobles españoles, que no podían contener con sus pequeñas huestes a los ejércitos invasores, se retiraron a los montes estableciendo baluartes aislados desde los cuales hostilizaban constantemente a los hijos de Mahoma.

Berenguel Callmedina, seguido por los suyos, se internó en las fragosas serranías de Jaca, apoderándose de unos descomunales peñascos que bautizó de "Callmedina". Ellos fueron morada y baluarte para el cristiano que no quiso someterse al rey moro. Allí vivió cerca de once años, organizando salidas agresivas contra los sarracenos, casi siempre victoriosas por su gran valor en la pelea y la astucia y rapidez de sus tácticas de lucha. Había una gruesa vena de agua en las peñas. Hizo el caudillo que se cultivaran sembríos. Y como los puntos de acceso eran sólo dos, cuidadosamente guardados y además el paraje desolado no dejaba entrever que los altos páramos estuviesen poblados, no suscitó empeño de conquista a los árabes.

Salía Berenguel a buscar a los moros, midiendo fuerzas y la oportunidad del ataque, ya que siempre estuvo en inferioridad de hombres y de armas. Amaba el riesgo y la sorpresa. Peleaba con furia. Su gente lo seguía ciegamente. Y cuando la suerte le era adversa tenía que escapar por los estrechos desfiladeros burlando a sus perseguidores, hasta alcanzar los peñascos de "Callmediana" donde nunca llegaron los moros.

Retirábanse los cristianos nunca en tropel, sino dispersos en reducidos grupos de pocos hombres, que confiaban sus vidas a la rapidez de los corceles y a su habilidad para esconderse en las breñas.

—¡Dios y cada uno por sí!

Era la consigna del caudillo. Merced a ella sus hombres, creyentes y valerosos, sobrevivieron en largos años de lucha contra los invasores, sufriendo pérdidas que reemplazaban con nuevos combatientes que acudían al renombre de Callmedina.

Tan buenas mañas se dio Berenguel para sorprender a los moros e infligirles derrotas, que más de una vez se organizaron expediciones para destruirlo. Todas fracasaron porque los campesinos leales a Cristo, a España y a su caudillo, lo informaban de los movimientos del adversario. Su habilidad estratégica, su rapidez en la acción y lo inaccesible de su retiro montaños le ganaron fama de invencible.

Por ese tiempo, junto al prestigio deslumbrante de Don Pelayo, primer Rey de Asturias que inició la Reconquista ganando la batalla de Covadonga en 718, y de otros nobles y jefes ilustres diseminados en la península, la voz del pueblo comenzó a exaltar a los oscuros caudillos de montonera, hombres valerosos que sin ayuda de reyes ni de autoridades, se agrupaban en bandas aisladas hostigando sin tregua a los moros.

Entre esos jefes de prestigio local, atenidos solo a su voluntad y a su coraje, cuyo renombre no pasó, al principio, de la comarca de su acción, figuraba en primer término Berenguel Callmedina, temido por su fuerza y su valor, amado por su natural recto y bondadoso que se trocaba en fiera destructora en el combate. Creese que nunca tuvo más de 300 hombres bajo su mando.

Pudo el guerrillero de Jaca perderse en la marejada de jefecillos comarcanos que la historia no ha recogido, mas la ambición lo salvó. Encontrándose en la plenitud de su edad —35 años— ansioso de mayores hazañas y recogiendo noticia de los éxitos de Don Pelayo, fuese a los Pirineos en busca del héroe.

Don Pelayo y sus capitanes acogieron al catalán efusivamente, pues uno de ellos conocía sus acciones.

Acampaba el ejército cristiano en torno a la villa de Medina del Campo, a la sazón en manos de los árabes, y no pudiendo tomarla por las armas debido a la solidez de sus defensas y a lo numeroso de sus defensores, ideóse una estratagema para rendirla: y fué que, disfrazado de labriego un esforzado capitán ingresaría a la villa para organizar a los cristianos que atemorizados por los moros y desprovistos de conducción, constituían una fuerza muerta. Despertarla y llevarla a la victoria en una doble batalla que deba estallar desde adentro y unirse al ataque exterior, era el objetivo de esta maniobra.

Iba a procederse al sorteo, cuando Berenguel dio un paso adelante:

—Solicito el honor.

Entró a Medina del Campo disfrazado de labriego y con riesgo de su vida tomó contacto con los hispanos, los organizó en grupos de combate, levantó su espíritu exaltando la fama de Don Pelayo y exagerando sus recursos en hombres y armas.

Pasaron cinco semanas de angustiosa espera.

Una noche Don Pelayo fué despertado por la inesperada aparición de Callmedina.

—Señor —dijo el catalán—.Terminamos los preparativos. Podéis atacar en la madrugada del 18. Al primer tiro, cuando los moros corran a las murallas, desataremos la insurrección interna.

Y volvió a introducirse a la villa donde su regreso, con una arenga de Don Pelayo enardecido a los cristianos.

Medina del Campo fue tomada después de recio combate. Ocurrió este memorable suceso allá por el año 726 y aunque Medina del Campo cambió muchas veces de mano,

pasando sucesivamente de moros a cristianos y a la inversa, no fué olvidada la proeza inicial de Don Pelayo secundado por Berenguel de Callmedina.

Fué acrecentando su fama el catalán en diversas acciones de armas. Combatió contra Agam, hijo de Addemelich, rey moro de España. Según cuenta Sigiberto, en la Crónica General del Rey don Alfonso, en 727 se ganó una bravísima batalla a los árabes en Castilla, sobresaliendo por su valor el caudillo catalán. Intervino en numerosos combates, trasladándose de una región a otra por lo inquieto de su carácter. Alternó con reyes, obispos y famosos capitanes, mas como carecía de ambición política, se contentaba con descollar como guerrero esforzado y señor de los suyos.

Era un varón alto, fornido, de singular fortaleza física y porte arrogante. Rudo en el pelear, desarrollaba en las horas de paz sus dotes de organizador civil. Fué temido de moros y malandrines porque se jactaba de castigar ofensas con su propia mano, y estimado en los campamentos militares por que a su mucho valor unía clara inteligencia.

Cargado de años y de honores, regresó el primer Berenguel a sus peñas de Callmediana, donde fundó Casa y Castillo Fuerte con los privilegios que el Rey Cristiano le concedió debido a sus méritos.

Créese que de este esforzado varón descenden los Condes de Barcelona, que un siglo después llenarían páginas de la historia de España.

Cuéntase que Berenguel tuvo 7 hijos, seis varones y una sola mujer. Poco antes de morir el caudillo aconsejaba a su hija doña Beatriz:

—Tus pretendientes son calificados; cualesquier de los cuatro puede aspirar a tu mano. Trátalos, estudiálos, y cástate con el más valeroso. Son tiempos de pelea. El más valiente será también el más digno de llevarte a su morada.

Se ignora el año de la muerte del gran Berenguel de Callmedina, mas se sabe que fué sepultado en Vique. La memoria popular recordaba al caudillo como símbolo de valor y rectitud.

Esta figura histórica y legendaria a la vez, escapa de las crónicas de la Reconquista y de los Archivos, con raras excepciones, para refugiarse en la tradición oral que pocos recogen. Acaso sus mayores hazañas, al servicio de la causa del Cristo, del Rey hispano y de su propia comunidad montañesa, permanecen ignoradas.

Berenguel, el de las Peñas, águila solitaria en los montes de Jaca, abre el linaje de los Diez de Medina, en el siglo octavo, defendiendo a la Cristiandad contra los moros.

No tuvo más amigo que su espada ni mejor apoyo que su voluntad.

Varón entero y animoso, será recordado porque fué forjador de su acción y de su fama, como esos troncos seculares que lo deben todo a su propio poderío.

II

Los hijos y descendientes del fundador fueron poco guerreros o personas de vivir discreto. Durante largo tiempo se pierde su huella. Apenas si se menciona a un Pedro Callmedina, maestro de armas, famoso por sus duelos; y a otro que tomando nombre y apellido del antepasado legendario, se llamó Luís Berenguel Callmedina, hacendado y misántropo.

Al despuntar el siglo XII vuelve a ufanarse el nombre con Quadrant Callmediana (el solar reemplaza al primitivo apellido) caballero esforzado en el guerrear y sagaz para el consejo, quien servía en 1133 al Rey don Alfonso. Tan amado fué por este soberano, que firmó de testificante en su Testamento, como uno de los Ricos Hombres del Reino.

Quadrant Callmediana casó y residió en Castilla la Vieja, hizo construir una iglesia y una escuela con su peculio. Fué hombre de pro, siendo su legítimo sucesor Berenguel de Callmediana, de quien no se tiene noticia.

Vino, después, el nieto de Quadrant, natural de Medina del Campo, tan inclinado a las armas que asistió a las principales batallas contra la morería libradas por Alfonso VII. Se le llamó Berenguel el de Medina.

Tuvo, éste, de santo y de guerrero. En las pausas del combate se preocupaba de realizar obras caritativas, y tanto hizo por conventos, clérigos y monjas, que mereció calificativo de Patrón y Protector de la Religión.

—"Sus combates fueron tantos como sus caridades" —dice un cronista.

Tuvo gran fortuna que repartió a familiares y allegados. Edificó la nueva iglesia de San Bartolomé.

Hacia 1196, viejo y achacoso, con su esposa doña Bona y sus tres hijos Rodrigo, Martín y Romana de Medina, donó el monasterio de Sahagún, sacando título de Abad de Sahagún para él y sus sucesores, según facultad y licencia que le otorgó el Rey Alfonso IX en la ciudad de Burgos. Consta el original de la licencia real en el archivo de Monasterio de San Benito el Real de Sahagún.

Rodrigo de Medina, primogénito de Berenguel el de Medina, pasó al reino de Aragón. Al producirse el levantamiento contra el Rey don Jaime, cumpliendo deberes de lealtad siguió al monarca, por lo cual los rebeldes quemaron su castillo y devastaron sus haciendas.

Despojado de cuanto poseía, sin más haber que su espada, Rodrigo estuvo en la conquista de Mallorca en 1228. Sirvió muchos años capitaneando las mesnadas del Rey don Jaime y perdió la vida en combate.

Su hijo Ramón, mejor cortesano que militar, pudo recuperar en parte los bienes de su progenitor acrecentándolos con su propio esfuerzo. Aficionado a letras y artes, sin llegar a la severa disciplina del humanista, puso casa en la ciudad de Jaca. Enviado a Francia en 1274, firmó un acuerdo entre este reino y el de Navarra. Fué el primer diplomático en la familia. En 1285 se le designó Capitán de la frontera, y poco después Lugarteniente General y Procurador del Reino. Amó tiernamente a su esposa doña Maria a la cual consagró un "Libro de Horas" en cuyas páginas loaba sus virtudes y su belleza.

Hijo o sobrino del anterior — las referencias no son claras — fué Alberto Ruiz de Medina, hombre de leyes apreciado por su mucho saber y su recto juicio.

Sigue otra época un tanto confusa durante la cual se confunden los hilos de Asuerto de Medina sacerdote; Guillén de Medina pintor; Gil Ruiz de Medina guerrero y cortesano; Jorge Medina poeta; y Vicente Callmediana cronista del rey.

Francisco de Medina, cosmógrafo y astrónomo, escrutaba los astros y las rutas del globo. Encerrado en la torre de su castillo, fué tildado de loco porque afirmaba que la tierra debía ser redonda, que podían existir seres vivos en otros planetas y otras maravillas que en el siglo XIII sonaban a herejía. Creyósele mago y alquimista, y habiendo aparecido un cometa de cauda centelleante que durante siete noches signó el cielo, los labriegos creyeron que el cometa —funesto presagio para sus cosechas— había sido atraído por don Francisco, por lo cual prendieron fuego a la torre y a su morador.

Posteriormente aparece don Jame de Medina junto al Infante Don Fadrique conquistador de la Villa y Castillo de Jumilla en 1358.

Don Jaime y su hermano don Cristóbal de Medina fueron leales servidores del Rey don Pedro de Castilla. Ambos se desempeñaron como Alcaldes de Jumilla. Jaime quedó en Murcia y Cristóbal pasó a Jaén.

Refiérese que don Jaime de Medina, hombre apuesto y gran señor, compartía los peligros de la guerra y la ciencia del cortesano con las artes del buen vivir. Gran amator, dado a la buena mesa, buscado por la jovialidad del ánimo y el ingenio pronto, gustaba de artistas y poetas. Tocaba el laúd e improvisaba coplas. Casó tres veces y tuvo numerosos hijos legítimos y naturales.

De Bartolomé de Medina cuéntase que fué varón ordenado y respetable, experto en jurisprudencia.

Un Mateo Medina es mencionado como juglar errante, de noble origen, que rebelde a guerras y cortesanas, difundía con hermosas palabras el amor a la paz y a la belleza en el pueblo. Un día se internó por la Peña de Oroel y desapareció.

Don Francisco de Ulloa, en sus "Originales de Casas Ilustres de España", tomo 4º, folio 78, habla "del gran mérito de esta familia (los Medina) que estableció su rama en el Reyno de El Perú, desde la Villa de Briones y Madrid de España, conocidos con el aditamento de Diez, llamándose los Cavalleros Diez de Medina."

¿Cómo se produce el enlace de los Diez con los Medina?

Es el problema que la historia y los papeles de familia no dilucidaron claramente.

Después de largas investigaciones, confrontación de pareceres, testimonios y mucho meditar, se puede reconstituir el origen del apellido en la forma que explica el capítulo siguiente.

Pero aun debe mencionarse al caballero José de Medina y Lisuarte, señor opulento y bien dotado que rehuyó tenazmente los cargos que se le ofrecían, refugiándose en la intimidad familiar.

Dícese que por su habla sabia y fina era buscado y consultado por varones ilustres del reino de Aragón. Componía música y tocaba en modo magistral la vihuela. En un raro infolio hojeado en Jaca, se afirma que don José de Medina y Lisuarte fué "rarísimo ingenio, de tan avisadas luces que pudo componer libros famosos y deleitosas músicas, pero que su natural modestia o su equilibrado saber le impidió buscar la fama."

Sigue una zona oscura, por varias décadas, antes que encontremos el origen histórico de los Diez de Medina.

III

No hay línea recta ni luz radiante en las genealogías. Por el reino de los nombres transcurren los eslabones familiares alternando la referencia cronológica con la oscuridad temporal. Alternan vacíos y zonas bien delimitadas. Poco es lo que se puede recordar y demostrar; mucho lo ignorado; apreciable lo que fabulan la vanidad y el estipendio.

¿Quién puede ostentar títulos, testimonios que verifiquen la continuidad de un linaje en trece siglos?

En esta materia será cuerdo admitir que pueblos y familias provienen del claroscuro: ciertos hechos muy conocidos, otros se adivinan, largos períodos de claridad contrastan con manchas de olvido, no existiendo testigos permanentes del paso desigual de las generaciones.

He aquí porqué el investigador debe avanzar en medio de penosas confrontaciones, en las cuales muchas veces la contradicción impera, las cifras se oponen, los sucesos brotan

diversos. Cronistas hay para quienes los señores de Medina —que más tarde añadirían el cognomen de "Diez" al apellido— son los antecesores directos de los Diez de Medina que de España pasaron al Perú. Otros estiman que los caballeros Medina cayeron en completo olvido durante el siglo XV. Los nombres se entrecruzan y se pierden. Los hay que piensan que caído el linaje por guerras y reveses de fortuna, aquellos reaparecen en calidad de señores campesinos. A uno de éstos se le habría llamado ya no Medina sino Hidalgo, aludiendo a su antiguo señorío. Otros piensan que, no obstante la confusión de fechas y de nombres, y aun aceptando las zonas de oscuridad, la línea histórica nace en Berenguel de Callmedina, sigue con los Medina en los siglos posteriores, y toma el aditamento "Diez" en el XIV. Adelgazada la sangre en el desgaste bélico y empobrecida la hacienda en las veleidades del tiempo, algunos antepasados no dejan huella, se disuelven en la sombra. Pero hay noticia de muchos que vivieron, obraron y dejaron renombre indiscutible. Con éstos se hace la historia.

Don Francisco Zazo y Rosillo, cronista y rey de armas de la Real Corona, en sus originales de Casas Nobles de España, tomo XVII, folio 467, habla del Solar de Ubierna, situado en el valle y río del mismo nombre, fundado por un tal Pedro Hidalgo, que después se llamó "Diez".

Confrontada esta versión con otras análogas en que se entre mezclan los nombres de Hidalgo, Medina y Diez, y con la leyenda de las diez cabezas de moros que ostenta el escudo de la familia Diez de Medina, así como con estudios realizados en archivos españoles y alto peruanos por don Alberto Diez de Medina, los hechos pueden reconstituirse de esta manera.

Estos Hidalgo o Medina —que ambas cosas eran — vivían en el campo en discreto olvido.

En 1319, uno de ellos nombrado Pedro, dijo al padre:

—Señor: quiero irme a la Guerra de Andalucía.

—¿No estáis satisfecho de cuidar mis predios, qué os hago faltar? —dijo el campesino a su primogénito.

—Nada, señor. Os debo gratitud y respeto, pero dejadme marchar. No nací para cuidar rebaños. Quiero combatir al mahometano.

"La sangre levantina" —pensó el viejo, aludiendo a la ascendencia materna del mozo. Y lo dejó partir no sin zozobra, temiendo no volver a verlo.

Pedro Hidalgo (o Pedro Medina) era un joven alto, apuesto, vigoroso. No tenía el genio impetuoso y levantisco de los mozos de la aldea, sino la fuerza tranquila de quien sabe sus caminos. Calculaba lo que se proponía realizar y una vez acometido el empeño no paraba hasta darle fin. No sobresalió en peleas ni en juegos físicos, mas quien tropezó con él jamás lo olvidó. Era buen guardador de sus bienes, laborioso y responsable. Dotado de agilidad y fortaleza, rehuía las pendencias, pero una vez envuelto en ellas nunca volteó espaldas al peligro.

Mozo parco, reservado este Pedro Hidalgo, una chispa de oro brillaba en sus ojos zarcos.

Durante dos años llegaron pocas noticias al pueblo del soldado. Combatía en el ejército cristiano confundido con miles de guerreros.

En 1321, los españoles tenían sitiado el Castillo de Tiscar guardado por los moros; y no podían tomarlo porque el único punto de acceso era una peña negra custodiada por diez moros. Todas las tentativas para conquistar la elevada y casi vertical eminencia habían fracasado, pues sólo se llegaba a su cima por un desfiladero angostísimo y escondido que los cristianos ignoraban.

Tres semanas después de iniciado el asedio, el soldado Pedro Hidalgo, apoyado en un roble, miraba el reducto de la morería. Visto desde el llano era para desfallecer al mejor templado: una mole inaccesible se alzaba a cuatrocientos metros de altura. Guardando distancia entre sí, velase pasar — diminutos puntos — los albornos blancos de los centinelas. Después de largo meditar, el castellano concluyó que solo por audacia, sorpresa y rapidez, era posible apoderarse de la Peña Negra. Había que escalar el promontorio al amparo de la noche y sorprender a sus defensores uno por uno, eliminándolos en lucha silenciosa, con arma blanca. Se requería fortaleza física extraordinaria y valor temerario para escalar el peñón y luego librar diez combates. La hazaña debería efectuarse sin otra ayuda que el propio esfuerzo.

Nada dijo el soldado a sus superiores de su propósito.

A la medianoche, después de escuchar las voces de la última ronda de centinelas, abandonó el campamento cristiano provisto de su espada, dos puñales, una sogá y una corta herramienta de hierro. Iba en vuelto en ropaje negro, ceñido al cuerpo, que le permitía amplitud de movimientos y llevaba trapos para atarse en los pies cuando llegado a la cumbre debía evitar que se oyeran sus pasos.

Comenzó el ascenso. Los primeros cuarenta metros fueron devorados por el soldado, pero bruscamente la situación cambió: una grieta profunda no daba asideros a manos ni a pies. Entonces Pedro Hidalgo acudió a la sogá y a la herramienta de escalo y columpiando el cuerpo en el vacío venció la grieta lentamente. Poco más arriba un fuerte resbalón le desollaba el brazo izquierdo. Sus fuertes manos de campesino se adherían a la roca, sus pies tanteaban y hallaban el punto de apoyo preciso para continuar la ascensión. La luna pálida, de luz indecisa, descubría vagamente el paisaje. Por la posición de las estrellas calculó haber tardado media hora en cubrir los primeros cien metros del escalo. Tras un breve descanso prosiguió el ascenso que se fue tornando más difícil. Tropezó con una pared lisa que lo obligó a un largo rodeo. Subía, resbalaba, volvía a subir. Cubierto de sudor su cuerpo se adhería a la tierra y a las piedras como una ventosa. Cuando los dedos, entumecidos, amenazaban soltarse, y los músculos, cansados, aflojaban, una voz interior le mandaba persistir. Más allá, buscando un asidero para la sogá contó hasta 33 tentativas — ¡la edad de Cristo! — hasta encontrar el punto de sostén. Siguió subiendo. A la mitad del trayecto lo acometió el primer desfallecimiento: habría cubierto, aproximadamente, doscientos metros, se hallaba jadeante, con pequeñas heridas y parecía imposible llegar a la cima. Descansó un rato y reanudó su marcha. La roca se hacía más dura, su piel más sensible. Los obstáculos aumentaban. La pendiente se acentuaba, casi vertical a trechos y el flanquear las paredes lisas representaba mayor pérdida de tiempo. A veces grandes pedruscos salientes exigían flexiones musculares de las que salía dolorido. Siguió trepando. Aunque la claridad era escasa, presentía el vértigo del abismo a sus pies. No miraba a lo alto, no quería mirar, porque se le antojaba que la cumbre estaba lejos, lejos, lejos... como la eternidad. Volvió a desfallecer, a punto, casi, de abandonar la empresa. "Dormiré aquí — pensó — y mañana volveré al campamento. Nadie sabrá que fracasé." Mas una fuerza misteriosa lo impelía a seguir trepando. Tenía envaradas las piernas, las manos sangrantes, y el corazón latía locamente. Subió unos metros y se golpeó contra el filo de la roca una rodilla. Resbaló dos veces más, una de ellas creyendo irse al fondo, pero milagrosamente lo contuvo un saliente rocoso. "Sube, sube, sube" — se decía sin descanso. Siguió trepando, vencido ya el punto muerto de la fatiga física, como si el alma arrastrara al cuerpo. Cara, manos, vientre, piernas, pies se pegaban al peñón desesperadamente: parecía un reptil herido deslizándose penosamente por la escarpa hostil. Una piedra le dió en la cara. Creyó desmayar; por un esfuerzo férreo de la voluntad mantuvo despiertos los sentidos. Flaqueaban las energías para cogerse de la sogá en los trances apurados. Un paso, dos, tres... De pronto sintió que su resistencia llegaba al límite: nunca llegaría a la cumbre. Estuvo a punto de abandonarse, pensó que cerrando los ojos se dejaría caer, caer hasta estrellarse en el duro suelo y terminar la loca proeza. Dió un paso más, casi inconscientemente y sintió un golpe de viento en el rostro: había llegado a la meseta! ¿Dos, tres horas? Nunca lo supo. Ni tampoco los minutos que permaneció desmayado. Cuando recuperó el sentir, se estremeció de alegría: la cima era grande, desigual, con pequeñas lomas. Velase desierta. Calculó que serían entre las tres y las cuatro de la madrugada.

Descansó un tiempo, mascó unas hierbas que había preparado para reponerse antes de la lucha, y ajustando espada y puñales salió a la búsqueda de sus adversarios.

Al primero lo halló durmiendo: era un ligero bulto en una tienda, probablemente el jefe de la guardia. Antes de bajar el puñal y oyendo su plácida respiración un remordimiento le cruzó el alma: ¿cómo asesinar a mansalva al descuidado? Pero pensando en la magnitud de su empresa se persignó y el puñal cayó veloz sobre el incauto.

A largo trecho cogió al segundo desprevenido. Vigilaba con lentos pasos, no podía imaginar que sería atacado, y el cristiano atacó con tal rapidez que en dos golpes lo puso fuera de combate.

Estas dos primeras muertes lo dejaron compungido: había matado a traición. ¿Le perdonaría Dios que por fe matara a los moros? Despertó al tercer mahometano de un puntapié y lo retó a duelo. El moro que creyó verse ante la broma de un compañero sacó el alfange y se empeñó la lucha. Hidalgo recibió un corte en el muslo pero su espada atravesaba al adversario.

El cuarto defensor de la Peña Negra, buen centinela, vigilaba con ojo avizor. No sintió llegar al cristiano y hercúleo como éste luchó fuertemente antes de caer. Igualaban fuerzas, mas el cristiano lo aventajaba en destreza; un golpe en el plexo quitó la respiración al moro y el puñal de Hidalgo le cortó la vida.

Al quinto lo ultimaba con su filosa espada.

Estas cinco acciones singulares dejaron al soldado en desventajosas condiciones; comprendió que no podría vencer a los restantes defensores de la peña. ¿Y cuántos serían? Recorrió el perímetro de la meseta: no habían más centinelas. Presintiendo que los demás se hallarían en el punto más inexpugnable, se dirigió cauteloso a una ligera eminencia del terreno. Cinco moros se hallaban en grupo, conversando en torno a una hoguera. A la izquierda, una senda estrecha llevaba al desfiladero. Pedro Hidalgo, protegido por su traje negro y sus sandalias envueltas en trapos, descendió de la colina y desde abajo comenzó a tirar piedrecillas no hacia arriba sino en forma vertical. Alarmados, cuatro defensores bajaron por el cauce del desfiladero para ver qué ocurría; solo uno quedó custodiando las galgas que lo cubrían. Volvió a trepar el cristiano por la escarpa y remató a puñaladas al moro. Enseguida, con esfuerzo sobrehumano, empujó tres enormes galgas que rodaron con estruendo y aplastaron a los cuatro defensores encerrados en el cajón del desfiladero.

Descansó nuevamente. Agradeció al Señor por el éxito de su misión, pidió ser perdonado por la muerte de los moros. Ya no era el soldado Pedro Hidalgo; era el vencedor de la Peña Negra.

Al despuntar el alba, el soldado victorioso cortó las diez cabezas de los moros yacientes y poniéndolas en dos sacos las arrastró con la sogas que llevaba presentándolas al jefe del ejército cristiano.

Había descubierto, además, el desfiladero secreto de la Peña Negra. Tomada ésta, caía poco después a Castillo de Tiscar y los mahometanos eran rechazados al oeste de la península.

Admirado el Rey de la doble proeza del soldado, escalador de un peñón inaccesible y luego vencedor de diez moros por sí solo, concedióle título de hidalguía y el derecho de agregar el cognomen "Diez" a su apellido en memoria de los centinelas que su bravura y su ingenio aniquiló.

No le sonaba bien al hazañoso aquello de Pedro Diez Hidalgo, y recordando que su abuelo hablaba de unos Caballeros Medina, antecesores de los Hidalgo campesinos, dióse a buscar papeles y comprobando que ese era, efectivamente, el primitivo apellido origen de su familia, dióse a firmar Pedro Diez de Medina, eliminando al Hidalgo que fué más fruto de la costumbre lugareña que de la realidad genealógica.

Así sucedió el famoso hecho del Castillo de Tiscar y la Peña Negra, y las diez cabezas de moros figuran en el escudo nobiliario de la familia.

"Recibió mil honras del Monarca" — agrega el cronista — refiriéndose al fundador que unió los apellidos Medina y Diez.

Sus descendientes habitaron en Carriedo y en Bureba de las Montañas.

Recuérdase que poco antes de entregar su alma al Señor, el soldado glorioso recomendaba a sus hijos:

—Mercedes recibí de Dios y del Rey, pero no olvidéis que todo comenzó para nuestro linaje en el sitio del Castillo de Tiscar. Fiad solo en vuestros brazos.

IV

Alrededor de 1380 existe noticia de Alonso Diez de Medina, casado con María Diez, cuyos restos fueron sepultados en la Parroquia de Santa María de Madrid ignorándose en absoluto sus hechos.

A lo largo del siglo XV se oscurece la huella de los antepasados. Sólo se sabe de Antonio Diez de Medina, descendiente del anterior, que tomó parte y pereció en la batalla de Lepanto; y de un Diego Luís Diez de Medina, alguacil mayor de Panamá en sus últimos años.

Otra línea de los descendientes del soldado de Tiscar, se estableció en la Villa de Briones, repartimiento de Haro, provincia de Logroño.

La funda un Diego Diez de Medina —distinto del anterior— que vivió de 1497 a 1560. Estuvo casado con doña Maria Ximilio, dama de grandes virtudes y belleza.

A partir de este personaje se inicia la línea histórica de la familia Diez de Medina.

Diego Diez de Medina, tronco directo de los caballeros Diez de Medina que pasaron a Madrid, luego al Perú y subsisten todavía en Bolivia, fué varón de templadas cualidades. Más hombre de gabinete y de consejo que de armas, desempeñó algunos cargos, se ocupó del bienestar público y se le tuvo por inteligencia diestra en componer desavenencias. Alma de estudio y reflexión tuvo la palabra fácil. Nacido en los albores del Siglo de Oro no llegó a disfrutar las auras plenas del renacimiento literario español, que apenas si llegaban a Logroño y a la villa de Briones donde transcurrió la mayor parte de su plácido vivir.

¿Fueron la ausencia de ambición o la serena dicha interior las que apagaron el destino del fundador?

Dícese que alguna vez como alguien evocara la tradición guerrera y el origen belicoso del apellido, en contraste con el natural pacífico del caballero, éste habría respondido:

—No todos pueden alzar su mirada a las estrellas.

Hijo del anterior, Pablo Diez de Medina transcurrió en la villa de Briones. (1528 -1590)

Casó con doña Juana Salinas. Era un hidalgo campesino de aficiones monásticas, muy guardador de la religión católica, protector de monjas y de frailes. Hombre de bolsa abierta a las necesidades de prójimo, fué amado por sus muchas caridades y su natural bondadoso.

El tercer Diez de Medina en línea directa llamóse Miguel, nacido como los dos primeros en Briones. Pero a éste le picó la ambición y rompiendo el enclaustre provinciano al que se sometieran su abuelo y su padre, fuése de joven a Madrid, contrajo matrimonio con una dama distinguida doña Juana Bautista de Aguilar y residió hasta su muerte en la villa. Era varón mundano, de genio vivo, amador que de la buena vida, mujeres y cartas. Parece que desempeñó algunos cargos de relieve, pero los años finales de su vida se oscurecen, tal vez

debido a un percance íntimo —faldas, juego o intriga cortesana— y sólo se sabe que murió a los 54 años.

Pablo Diez de Medina, hijo de Miguel (1590-1664) fué madrileño de cepa. Hombre acomodado tuvo casa bien puesta y evitando los riesgos de la política y las tentaciones de la Corte, se entregó a la actividad comercial. Casó con doña Lucía Romero de Saravia, bisnieta del capitán Mansio Sierra de Leguisamo, conquistador del Perú, varón desmedido que en una noche se jugó el gran disco de oro —el Sol de los Incas— que le tocara cuando los castellanos entraron al Cuzco.

Alma prudente y refinada Pablo Diez de Medina rodeóse de libros, cuadros y bella música. Amaba las flores y los pájaros. En su mesa se comentaban las sátiras de Quevedo y las sabrosas nuevas de los reinos del Pirú. Un escondido geógrafo acechaba detrás del hombre de negocios y fueron sus mapas y su espíritu perspicaz los que despertarían en los hijos el ansia viajera.

Durante la primera mitad del siglo XVII España organizaba su imperio colonial. Absorbía el oro, la plata, los productos tropicales de las nuevas tierras de las Indias. El esfuerzo concertado de navegantes, conquistadores y frailes hacía brotar ciudades de los escombros de los reinos indígenas. El guerrero siguió siendo elemento preponderante en los Virreinos y las Capitanías Generales, pero también el dignatario civil, el sacerdote, y los funcionarios especializados que entonces no se llamaban técnicos sino sólo servidores del Rey, cobraron vuelo. Partir hacia el sur, ya no era, como en el siglo anterior, una osada aventura en pos de riesgosa fortuna y fama, sino el camino regular para surgir, hacer carrera administrativa, ganar hacienda y fundar familia cristiana.

Las nuevas Españas emergían como estrellas de un cielo mirífico. Muchos de los buenos acudían a ellas en busca de ancho porvenir, sabiendo que al esforzado y al laborioso le aguardaban amplias recompensas.

Cuando su primogénito manifestó el deseo de partir hacia el Perú, Pablo Diez de Medina, guardando sus lágrimas, dio su consentimiento y bendijo al heredero.

Era un gallardo mozalbete, inquieto y fogoso. El primero que trasplantaría la estirpe de los Medina y de los Diez al continente nuevo.

Ignóranse los primeros años de Pedro Isidro Diez de Medina (1629-1690) en el Perú. Probablemente, llevado de su carácter versátil, tentó fortuna desde diversos ángulos. Rehuyó los cargos oficiales ateniéndose a sus propias fuerzas. Residió en Lima, bajó al Cuzco y finalmente se afincó en Arequipa. Aquí lo ganaron la belleza del Misti, el genio vivo de las gentes; y siendo hombre despierto y laborioso, pronto alcanzó relieve en su sociedad.

Dedicado a la minería y a la agricultura tuvo éxito en sus trabajos, hasta alcanzar la fortuna que recompensó sus esfuerzos. Casó con dama distinguida, doña María Josefa Salgado y Araujo. En la madurez desempeñó algunos cargos: fué Asesor de Milicias, Encargado de las Cajas Reales y Abogado de Pobres.

Al ocurrir disturbios locales en la tumultuosa Arequipa, Pedro Isidro organizaba al vecindario para reprimir desmanes y sobresalía por su coraje.

Quiso el primer Diez de Medina instalado en suelo americano enviar su hijo a Madrid, para que se educara próximo a la Corte, mas el retoño le resultó indócil negándose a partir.

No tuvo Pedro Isidro la satisfacción de ver perpetuarse su linaje en la tierra por él elegida, Arequipa, pues su primogénito quiso cambiar los aires del Virreinato del Perú por las montañas de la Audiencia de Charcas.

—Dicen que allá hay unas tierras misteriosas, muy elevadas, que los indios llaman el "suni", ricas de minerales. Allá quiero ir.

—¿Queréis decir al Potosí fabuloso, para convertiros en minero de la plata?

—No. A una ciudad que llaman Nuestra Señora de La Paz, la más alta de estas Indias, situada en un hoyo de la alta meseta.

—¿Y podréis vivir a tamaña altura?

—Si otros lo hacen ¿por qué no yo?

Porfió el anciano para que su hijo no se alejara en extremo de Arequipa pero la decisión filial predominó.

Pedro Diez de Medina fuése a la Audiencia de Charcas, después llamada el Alto Perú (hoy Bolivia) con la bendición paterna.

Su padre, Pedro Isidro, tuvo otro hijo que permaneció con él, Enrique Diez de Medina. Este no se distinguió mayormente y falleció en Arequipa sin descendencia, extinguiéndose así la rama peruana de los Diez de Medina.

Y

Pedro Diez de Medina (1660-1729) después de un azaroso viaje por malos caminos y peores posadas, llegó a La Paz en 1685.

Mayor que Arequipa y sujeta a la jurisdicción de la Audiencia de Charcas, la ciudad andina estaba regida por un Gobernador, el Cabildo y las autoridades eclesiásticas. Su población apenas pasaba de los diez mil habitantes sin contar con los campesinos indígenas cuyos sembríos la circundaban. Habían españoles, hijos de españoles y mestizos. Los criollos nacidos de sangre española pero en suelo americano, rivalizaban con los españoles que llegaban de la península. Un hidalgo llegado de España era, en esos tiempos, todo un señor.

El joven Pedro sintióse fascinado por la potente belleza del paisaje: ese circo de montes y nevados que rodea la gran cavidad paceña y al fondo el pequeño hacinamiento de casas y callejas. Asomado desde su mula patifina sobre la Ceja de El Alto contempló la hoyada acaso con asombro análogo al de aquel Saavedra que, afirman, fué el primer conquistador hispano que descubriera la antigua morada de los kollas.

¿Era una ciudad o solo un caserío? No se veían árboles. Allí, al fondo, el suelo mantenía la aridez del altiplano. El acceso a La Paz era tan incómodo y la bajada tan peligrosa que solía quebrar las patas de las bestias. Hubo tiempo en que se pensó trasladar la ciudad a Laja u otro sitio en la meseta, pero la fuerza del viento y la resistencia de los pobladores la mantuvo en el lugar de su fundación.

Admirado quedó el viajero del extraño paraje elegido por su ambición. Nuestra Señora de La Paz tenía tres plazas, algunas iglesias, una ancha calle central, algunas docenas de callejas y callejones, que reptaban por la topografía desigual del suelo, muchas viviendas rústicas y pocas de dos pisos.

Sintió esa noche el viajero los efectos del "sorojche" o mal de altura.

—Se "apunó" el caballero — decía una cholita donosa llevándole el mate de coca para apaciguar el dolor de cabeza y calmar la agitación del corazón.

Pero al día siguiente Pedro despertó sano y lleno de bríos.

Abrió la ventana y un poco al sesgo una mole abrumadora de roca y nieve todavía envuelta en las brumas del amanecer, cerraba el paisaje al este. Era "Illimani", el genio tutelar de los paceños.

—Si para el indio es una divinidad — diría en sus últimos años el primer Diez de Medina llegado a La Paz — para mí fué genio benéfico; de él tomé inspiración y energías.

Comenzó trabajando los lavaderos de oro de Chuquiaguillo, como simple pasante y después de corto tiempo ganaba la confianza de sus jefes que lo asociaron al negocio. Hizo economías y con ellas instaló pequeños talleres en la ciudad. Tentó con suerte el comercio y la industria en escala reducida. Diez años más tarde se internaba en los Yungas paceños dedicándose a la explotación de la coca, del café y de las frutas. Fué un pionero en el trópico yungueño, al cual se llegaba, en ese entonces después de varios días de fatigoso viaje. Allí contrajo la terciana o fiebre intermitente: fué el precio que pagó para llegar a poseer las fincas de Siete Lomas y Dorado Grande, extensos latifundios cuyos límites jamás llegó a conocer.

En pocos años, debido a su audacia y habilidad como hombre de empresa, ganó respeto general. Se le llamaba don Pedro Diez de Medina. Era invitado con preferencia a las juntas de vecinos y aun a ciertas reuniones de las autoridades, aunque se conocía su desvío por el mundo oficial. La sociedad paceña, en cambio, lo tuvo como uno de sus permanentes animadores.

Contrajo matrimonio con una hermosa y distinguida dama, doña Teresa Iseo Badarán y Tarasona, descendiente de familia noble de la península que aportó un patrimonio considerable al nuevo hogar.

Quiso entonces el afortunado traer a su hermano de Arequipa, enterándose de su fallecimiento pocos días antes de llegar su carta.

Contra su voluntad tuvo que aceptar el cargo de Regidor Mayor o Alcalde de la ciudad. Desempeñó cumplidamente el cometido extendiendo el perímetro de la villa, dictando disposiciones para mantener orden y limpieza, aumentando las bajas recaudaciones y otras medidas administrativas que todos aplaudieron.

Anduvo en negocios mineros con suerte. En la última década de su vida buscaba organizar una expedición al Salar de Uyuni y otra a las azufreras de los Lípez. Dadas las enormes distancias, el mucho riesgo y las dificultades de transporte no prosperó este proyecto.

Hombre de empresa y hombre de mundo, con un hogar feliz y mucha fortuna don Pedro Diez de Medina dejó renombre de vecino honesto, emprendedor, de fuerte voluntad y cultivado espíritu.

Su hijo Tadeo, a quien no hay que confundir con su primo Francisco Tadeo Diez de Medina, Oidor de la Real Audiencia de Chile, fué otro varón notable.

Pero antes hagamos una aclaración histórica levantado el cargo injusto lanzado por ciertos majaderos mal informados. Se ha propalado la versión insidiosa de que los Diez de Medina paceños descenderíamos de aquel don Tadeo que hizo descuartizar a Tupac-Amaru.

Absolutamente falso.

Como lo prueba documentadamente Boleslao Lewin en su libro sobre "La Rebelión de Tupac-Amaru", sin duda el más extenso, prolijo y mejor documentado sobre el tema, las autoridades españolas acaso desconfiando de que los criollos de La Paz fuesen proclives a indulgencia con el alzado, trajeron especialmente de Chile al oidor don Francisco Tadeo Diez de Medina, con la misión expresa de juzgar al reo de rebelión armada contra el Rey. Don Francisco Tadeo Diez de Medina (del cual no descendemos) llegó a La Paz, permaneció en ella pocos días, juzgó, dictó sentencia y condenó en forma cruel que toda conciencia cristiana repudia a Tupac-Amaru, regresando inmediatamente, consumada la sentencia, a su residencia en Santiago de Chile.

El otro Tadeo, que podríamos llamar el bueno porque jamás causó daño a nadie, el don Tadeo Diez de Medina del cual descendemos en línea directa fué un varón de buena estampa y

modos señoriles, dedicado a la vida pública y social. Dícese que sobresalía en salones y tertulias por su ingenio y su cultura, así como por su munificencia en obras de caridad.

Vivió este personaje de 1696 a 1760. Casó con doña María Francisca Calderón de la Barca, según unos descendiente o pariente próxima del famoso dramaturgo del Siglo de Oro; a estar a otros simplemente una dama distinguida.

Abogado, amigo de la filosofía, compartía su vida de varón acomodado con los deberes del funcionario. Desempeñó los cargos de Alcalde de La Paz, Asesor de la Curia Eclesiástica, Auditor de Guerra, Abogado de Pobres y otros menores.

Aristócrata por nacimiento se codeaba llanamente con los humildes. Hombre de justicia, distinguido con su afecto y protección a los nativos que trabajaban en sus haciendas yungueñas y a los servidores de su casa en La Paz. En Dorado Grande, un amauta de procedencia aimára, indio notable que nunca quiso moverse del lugar, conversaba larga y frecuentemente con don Tadeo.

—Es mi consejero —decía éste—. Tiene visión y buen juicio. Jamás se equivoca en sus juicios y cuando tengo algún problema en la cabeza, se lo confió porque sé que él verá mejor que yo.

Cuando el amauta Huanca falleció, don Tadeo lo lloró sinceramente y levantó un delicado monumento a su memoria.

Historiadores y memorialistas sostienen que don Tadeo Diez de Medina construyó, en La Paz, un bello edificio en estilo barroco colonial situado en la calle Comercio.

En su "Historia del Arte Hispanoamericano", el crítico Solá publica una fotografía del celebrado edificio con el rótulo "Casa de los condes Diez de Medina" en La Paz.

Esto de si hubieron condes entre los Diez de Medina ha sido harto litigado, mas no habiendo hallado papeles que lo demuestren en modo fehaciente, prefiero asumir que los Diez de Medina del Alto Perú fueron hidalgos, señores y buenos cristianos.

Distinto al progenitor en genio y aficiones su hijo Félix transcurrió más en la vida privada que en la pública. Apenas si fué, fugazmente, regidor en la Alcaldía de La Paz.

Fué la compañera de su vida doña Juana Manuela de la Sota y Parada, dama bellísima de linajuda estirpe.

Don Félix Diez de Medina (1735-1781) pasaba largas temporadas en sus propiedades de los Yungas donde contrajo la terciana que persiguió a su abuelo. Temperamento retraído, dado al estudio y la meditación, acaso fué el primer Diez de Medina escritor, pues hay noticia que componía a versos y prosas de buen gusto. Esos manuscritos inéditos, solo conocidos por familiares y contados amigos, se extraviaron. Concedía a su esposa el asistir a ciertas reuniones sociales, regresando luego a la charca yungueña.

Refiérese que en cierta ocasión la esposa le habría reprochado esa inclinación a la melancolía, más apropiada para un fraile.

—Tal vez habría sido ese un digno destino —contestó el discreto varón— en vez de rodar de las fincas a los salones.

¿Fué un alma superior, ajena al discurrir provinciano en la pequeña ciudad andina durante la segunda mitad del siglo XVIII, o solo un temperamento de misántropo? Nadie sabe si tuvo grandes sueños o si los hubo muy pequeños. Reservado, concentrado en si, nada amigo de confidencias y bondadoso con todos, su hijo don Clemente solo recordaría largas ausencias y hondos silencios en la casa paterna.

Al morir don Félix Diez de Medina dejaba gran fortuna en fincas, casas y valores. Poco antes había enviado al hijo mayor, don Clemente, a España, para que se vinculara a la Corte y adquiriera sólida educación.

Al finalizar el siglo XVIII la familia Diez de Medina era una de las conspicuas en el Alto Perú, y en La Paz se distinguía por su abolengo y el bien hacer de las gentes de su nombre.

VI

Existen varias biografías y estudios históricos acerca de don Clemente Diez de Medina. Los compusieron: Agustín Aspiazu en 1864, acaso el más completo; Félix Eguino en 1887; José Rosendo Gutiérrez; Nicanor Aranzaes en su "Diccionario Histórico de La Paz en 1915; Luís Cernadas en 1930; el historiador Víctor Santa Cruz; y Fernando Diez de Medina en el Capítulo "La Herida que nunca cerrará" de su libro de ensayos "Desde la Profunda Soledad".

Consultando esos escritos, papeles históricos y evocando recuerdos familiares conservados a través de generaciones, es fácil reconstituir un boceto biográfico de este varón ilustre, prócer de la Independencia Sudamericana, que actuó en el Alto Perú, en Chile y Argentina alcanzando el grado de Mayor Coronel.

Nació el tatarabuelo en La Paz el 24 de noviembre de 1777. Niño aun —solo tenía 12 años— fué enviado a España. Conoció Cádiz, Sevilla, tierras de Andalucía y radicó en Madrid. Ingresó al Colegio Vergara. Adolescente, recibe educación militar y descuella en matemáticas.

Un día que el Rey Carlos IV visitaba un instituto militar, se fijó en un joven de aspecto arrogante. Preguntó quien era y se le respondió:

—Es Clemente Diez de Medina, del Alto Perú, de familia distinguida. Desciende de aquel noble que durante la Reconquista peleó y venció, él solo, contra diez moros. Tiene buena disposición para la caballería y la estrategia militar.

Inmediatamente el Rey le concedió el grado de Teniente de sus Guardias de Corps.

Vicente Mendoza López, político, catedrático, hombre representativo y presidente da Ateneo Boliviano, sostuvo hace muchos años, que Bolívar, San Martín y Clemente Diez de Medina se conocieron en Madrid, como guardias de corps de Carlos IV y que allí juraron libertar al Nuevo Mundo "encaminándose el primero al norte, el segundo al sur y el tercero al Alto Perú para promover las guerras de la Independencia."

No se ha probado, históricamente este aserto. Pero si se sabe que el joven oficial altooperuano fué incorporado al ejército de los Pirineos bajo el mando del general Ricardos, interviniendo en los combates de Rosellón y de los Baños, en los cuales sobresalió por su bravura.

Dos años después, firmada la paz entre Francia y España, un joven arequipeño, oficial en su mismo regimiento, amado Pío Tristán, que más tarde sería general del Rey hispano, le decía:

—Has festejado mucho las paces de Bale...

—Sí —lo interrumpió Diez de Medina— porque he dejado de combatir contra la causa de los pueblos.

Fué su primera manifestación de amor a la libertad y de vocación republicana.

Su extrema juventud — tendría a la sazón poco más de 20 años — no permitía al joven oficial discernir con claridad el conflicto entre sus deberes de militar, sujeto a la Corona de

España, y el natural anhelo de libertad y progreso para su patria altoperuana. La corrupción cortesana en Madrid, las ideas renovadoras de la Revolución Francesa, el liberalismo despuntando en la península, la diferencia de trato a los españoles y a los venidos de las Colonias, todo esto, en conjunto, sembró las primeras dudas en su espíritu. España y los Virreinos ¿constituían un solo cuerpo jurídico, político y humano? Bien mirado ¿qué relación profunda existía entre el mundo europeo decadente ya y el mundo americano naciendo apenas? Y un oficial del Rey ¿era solo un vasallo de las colonias lejanas, o más bien debía propender a liberar a la patria que le daría título de hombre libre de un nuevo mundo?

Al iniciarse el siglo XIX, don Clemente Diez de Medina volvía al alto Perú con el grado de Capitán de las tropas reales en el Perú. Detúvose algunos meses en Arequipa donde tenía parientes de gran posición y allí se prendó de doña Javiera Barreda y Bustamante, linda y culta dama de la cual —dijo un cronista— evocaba la imagen de una beldad napolitana.

Casado con la bella peruana, el joven militar pidió licencia temporal. Se afirma que fué famoso jugador de naipes y que la esposa lo indujo a dejar el vicio. Tentó, entonces, la navegación comercial y compró un bergantín al que llamó "Sirena". Realizó algunas travesías con fortuna, pero al regresar de la última fué sorprendido y apresado por el corsario inglés quien exigió 18.000 pesos fuertes por el rescate del barco.

Diez de Medina que no podía trasladarse al Alto Perú donde poseía grandes bienes, reunió 11.000 pesos fuertes y vendiendo las joyas de su mujer en 7.000 obtuvo los 18.000 pesos exigidos, por el corsario. Se dirigía al puerto de Islay a rescatar la amada embarcación, cuando algunos cañonazos le anunciaron el fin de la "Sirena" el capitán Parry, creyendo que don Clemente no acudiría al rescate había destruido la nave.

Así terminaron sus andanzas de marino y comerciante.

Al nacer su primogénito Manuel, decidió volver a La Paz, donde tendría dos hijos más.

Con el prestigio de oficial valeroso en los ejércitos reales, hombre de gran fortuna, educado en Madrid, casado con dama de prosapia en el Perú, don Clemente fué tenido por varón decidido y de experiencia. En las tertulias nocturnas difundía su convicción republicana si bien no pasaba, en los primeros tiempos, de una mera actitud personal. Unos pensaban que volvería a la carrera de las armas, otros que intervendría en funciones civiles, sin faltar los que pensando en su riqueza y en su dicha familiar creían verlo nacido para una cómoda y sosegada actividad privada.

En la primera década del siglo XIX Diez de Medina era un pacheño acomodado y respetado, cuya conciencia fluctuaba entre la lealtad al Rey y el amor a la libertad.

Aspiazu sostiene que don Clemente había conocido a Bolívar, San Martín y Belgrano en Madrid y que todos coincidían en propósitos de rebelión contra la metrópoli.

El mismo autor transcribe párrafos de dos cartas del protomártir Pedro Domingo Murillo a Diez de Medina. En la primera de ellas le decía:

"...para poner fin a la odiosa dominación española, contamos con su espada templada en el fuego de las guerras. Sus nobles antecedentes y más que todo su patriotismo a toda prueba, nos dan fundadas esperanzas para creer que Ud. sea uno de los primeros en alistarse en la causa de los libres. Su amigo y compatriota, Pedro Domingo Murillo."

Esto acontecía en 1806. Republicano por sentimiento, don Clemente sentíase ligado al Ejército Real y a la Corona de España por sus antecedentes familiares y por la familia de su esposa a quien amaba hondamente. Había merecido distinciones del monarca. Su misma educación en la península aconsejaba una posición por lo menos neutral. Contestó a Murillo: "A no mediar estos antecedentes familiares, yo habría sido el primero en alistarme bajo las banderas de la patria."

Murillo, por entonces un oscuro abogado en el cual nada hacia presentir la grandeza del héroe futuro, lamentó la negativa de Diez de Medina.

—Perdemos un valiente que habría sido muy útil a la causa patriota.

Transcurrieron dos años durante los cuales el proceso conspiratorio de emancipación avanzaba sordamente. Los escrúpulos de conciencia siguieron acosando al exguardia de corps de Carlos IV. Si las Colonias se emancipaban de España, se constituirían nuevos Estados o Repúblicas. Los americanos del sur —y entre ellos sus tres tiernos hijos— tendrían patria libre. ¿Pero qué patria? Abundarían los conflictos entre padres realistas e hijos republicanos. Diez de Medina observaba el hervor de criollos y mestizos que arrastraban a los indios en su prédica revolucionaria. Sentía la marejada de las ideas liberales, el anhelo indeclinable de autonomía de los altoperuanos. Una filosofía de libertad, de igualdad, de manejo propio de leyes y sistemas civiles cundía por todo el continente. Tuvo algunas discusiones con su esposa, apasionada realista que insistía:

—Nosotros nos debemos al Rey.

Vióse Diez de Medina entre la gratitud a la Corona, protectora de su familia, y los deberes con la patria naciente. La encrucijada del destino era, asimismo, nítida: español o americano. El amor al pueblo y al suelo en que nació; las convicciones liberales y republicanas aprendidas en Europa al contemplar la decadencia de las monarquías; el influjo de las nuevas ideas políticas surgidas de las revoluciones de 1776 en Norteamérica y de 1789 en Francia; los abusos de los peninsulares contra criollos y mestizos; y también, en parte, la ambición, el espíritu de aventura, el fuego romántico que abrazaba a toda la América del Sur, fueron trabajando lentamente su animo.

Don Clemente no tenía alma de burgués sino fibra de héroe.

A principios de 1809 recibía una segunda misiva de Murillo quien lo instaba con frases persuasivas a sumarse a los patriotas:

"... Cuando se trata de la salvación del pueblo en que se ha nacido, el deber de todo ciudadano es ahogar las afecciones personales que se tengan por los opresores de la patria. Entre la salvación de un pueblo y los sentimientos de gratitud a los tiranos, no hay medio: la vacilación es un crimen. Elegid, pues, señor entre la gloria y la deshonra, entre el honor verdadero y una gratitud mal entendida."

Este lenguaje de romano y su propio examen de conciencia decidieron el destino de don Clemente.

"Ha terminado mis dudas —contestó a Murillo—. Me debo a la gran causa de la emancipación del Alto Perú. Los patriotas pueden contar con mi espada y mi fortuna."

La ruptura con doña Javiera Barreda y Bustamante fué inevitable. El hijo mayor, Manuelito, fué enviado a Londres a estudiar. La esposa, con los dos hijos menores, buscaron refugio en la casa paterna en Arequipa.

A los 32 años Diez de Medina abrazaba la soledad, el peligro y el sacrificio en aras de un ideal de patria libre.

Con peligro de su vida y de sus bienes, don Clemente asistió a varias reuniones de los conjurados. Trabajó amistad con Pedro Domingo Murillo siendo recíproco el afecto entre ambos. Diez de Medina tuvo que vencer la natural desconfianza de algunos patriotas que lo consideraban demasiado aristócrata para admitirlo como un verdadero republicano. Cierta vez en que se ofendió su delicadeza por Casimiro Calderón, fogoso orador, retiróse en forma airada; pero al día siguiente, a instancias de Murillo y comprendiendo que su orgullo debía ser menor que la causa abrazada, aceptó las excusas del ofensor y volvió a conspirar.

Debido a su entusiasmo, pericia y reputación militar, fué designado Comandante de la Caballería. Este cuerpo se llamó; "Escuadrón de Caballería Ligera de Húsares Voluntarios de La Paz."

Con aprobación de Murillo y otros patriotas se resolvió dar el golpe subversivo y desconocer a las autoridades españolas la noche del 30 de marzo de 1809, aprovechando la procesión de la Virgen del Carmen. Don Clemente aceptó encabezar la rebelión contra el Rey.

Dos horas antes de que se produjera la acción de los conjurados, uno de los conspiradores, Francisco Hinojosa, delató el golpe. El gobernador español, obrando con rapidez, detuvo a los revolucionarios, puso en fuga a otros e hizo circular la noticia del fracaso de la subversión. Don Clemente pudo escapar a Yungas, escondiéndose en su finca "Siete Lomas" para evitar la ira de las autoridades que ponían precio a su cabeza por haber encabezado la fallida revolución.

En corto tiempo el patriota había conocido los venablos de la envidia, de la desconfianza, de la traición. Mas su fe no se quebró. Mantuvo contacto con los conspiradores pero no pudo intervenir en los sucesos del 16 de julio de 1809 que costaron la vida a Murillo y los protomártires de la Independencia.

Al saber que los patriotas, perseguidos al arribo de Goyeneche a La Paz, se reagrupaban para librar un combate que se perfilaba como definitivo, don Clemente salió de su refugio y combatió en Chacaltaya, ya no con los húsares disueltos a raíz del golpe frustrado del 30 de marzo, sino con las montoneras y guerrillas improvisadas que pelearon desesperadamente por salvar la revolución de Julio.

Producida la derrota de los patriotas, Díez de Medina fué condenado a destierro por tres años y a la confiscación de todos sus bienes. Una placa de bronce en el Ayuntamiento de La Paz, recuerda este hecho.

Fugó don Clemente a Buenos Aires, donde se vinculó a los patriotas rioplatenses. Más tarde asistió a la batalla de Suipacha. Poco después entraba subrepticamente a La Paz donde intentó organizar grupos juveniles para la causa emancipatoria. El 30 de junio de 1811, cuando la traición de Goyeneche le valiera el título de Conde de Guaquí, don Clemente peleó valerosamente comandando un regimiento paceño. Vencidos los patriotas Díez de Medina tuvo que exilarse del Alto Perú, pues fué condenado a muerte por su insistencia en alzarse contra el Rey.

Cruzó el prófugo el Desaguadero y se dirigió a la ciudad de Arequipa donde se hallaba su esposa. En las cuatro esquinas de la plaza principal tropezó con sendos carteles que ponían precio a su cabeza.

Refiérese que Díez de Medina ingresó a la casa de su mujer trepando al tejado y deslizándose por una claraboya que daba a su dormitorio. Doña Javiera oraba al pie de una imagen de la Virgen. Pasada la efusión sentimental del reencuentro, la señora reprochó al marido "la traición al Rey", manifestando que sólo le daría asilo si abjuraba de la causa patriota.

Tan honda debió de ser la decepción de don Clemente al comprobar la dureza de su compañera que sin replicar palabra abandonó la estancia. Nunca más vería a la orgullosa doña Javiera Barreda y Bustamante.

Menos intransigente o más piadosa, su madre política lo escondió 60 días en la capilla de una de sus fincas.

Posteriormente, en Camaná, Díez de Medina estuvo a punto de ser apresado lo que habría determinado su fusilamiento. Se embarcó luego en Quilca y al fin vióse libre otra vez en Buenos Aires, donde se le acogió afectuosamente.

Había perdido esposa, hogar, hacienda tranquilidad por amor a la libertad de su pueblo.

Fué designado por la Junta de Gobierno como Intendente de Buenos Aires. Por este hecho una calle de la capital argentina lleva su nombre.

Fué don Clemente autoridad muy activa, celoso e inflexible. Dedicóse en especial a la seguridad, a la salud y al ornato públicos.

Una mañana en que el Intendente de Buenos Aires atendía su despacho — la anécdota rigurosamente histórica la refiere Aspiazu en su biografía del prócer paceño — fué llevado a su presencia un marino inglés que por grave y deliberada contravención a los reglamentos vigentes, iba a merecer la pena de reclusión por seis meses.

Alzar la vista y reconocer al capitán Perry, el inicuo corsario que hundiera su bergantín "Sirena" fué todo uno.

Pálido y tembloroso quedó el inglés, creyendo que Diez de Medina tomaría venganza física en su persona y doblaría la pena por el antiguo delito solo de ambos conocido.

Don Clemente reflexionó breves instantes y reprimiendo su natural impulso de represalia, dijo con voz firme:

—Si no fuera usted el bellaco que me dañó inmotivadamente, sería arrestado; pero precisamente por serlo, yo no debo abusar de la autoridad que se me ha conferido para cobrar agravios. Queda libre y no aparezca por este puerto nunca más.

Este rasgo de nobleza ha sido confirmado por otros biógrafos.

En años posteriores, no pudiendo entrar al Alto Perú, don Clemente se incorporó al ejército del Libertador San Martín asistiendo a las batallas de Chacabuco y de Maipo que dieron libertad a Chile ganando en ellas por su pericia militar y su valor el grado de Mayor Coronel.

El libertador San Martín, reconocido a los servicios del patriota altoperuano, lo designó Prefecto de Coquimbo ordenando que su retrato fuese colocado en la sala del Cabildo de dicha ciudad.

Hay referencias de que combatió, más tarde en las campañas del Bajo Perú en Ica, Nazca y Acari.

Cuando los clarines de Ayacucho anunciaron al mundo que la América del Sur se emancipaba del yugo español, don Clemente Diez de Medina volvió a La Paz, después de duros años de exilio. Orgulloso y desprendido, nada exigió para sí. Quiso únicamente conocer al virtuoso Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, cuyas virtudes conmovieron su alma de patriota.

El Alto Perú, por decisión de los pueblos que lo constituían, por la hábil mediación del Mariscal Sucre y por la clarividencia del Libertador Simón Bolívar, agrupaba entonces a las provincias altoperuanas bajo el nombre de República de Bolivia.

Existía la patria autónoma por la cual había luchado quince años, un nuevo Estado Republicano, pero don Clemente observaba con amarga decepción que gentes y pasiones no habían cambiado. Por Sucre abundaban cien Olañeta. Organizar el país era tarea de gigantes. Todos aspiraban a héroes, a víctimas, a forjadores indispensables de la nueva patria. A la opresión hispana sucedían violencia, desorden e incapacidad de los criollos. Una pugna de apetitos y una exhibición de vanidades que ofendían su moral de ciudadano.

—"Y por este mar de confusiones dió su vida Murillo y yo perdí hogar y hacienda"
—habría expresado el prócer a un familiar.

Informóse don Clemente que pocos meses antes de Ayacucho, su esposa había embarcado rumbo a España con sus dos hijos menores. Posiblemente la nave naufragó pues jamás tuvo noticia de ellos.

El Congreso de 1826 votó una suma para los veteranos de la Independencia. Correspondieron 6000 pesos a don Clemente. Este los rechazó con frase lapidaria:

—He servido a mi patria por convicción. No por dinero.

No quiso aceptar cargos ni distinciones que le fueron ofrecidos por el Presidente Sucre. Se le restituyó parte de su fortuna consistente en casas en La Paz y fincas en los Yungas y en la quebrada de Caracato. Desecho su hogar, confinado al trato de pocos y leales amigos, vivía en la ciudad andina y otras temporadas en sus haciendas. Tuvo una sola satisfacción por ese tiempo: ver a su hijo mayor, Manuel, mozo serio e inteligente, como Oficial Mayor de Relaciones en el gobierno del virtuoso Mariscal Sucre.

Una tarde de 1828, mientras se hallaba cenando con un grupo de amigos en su casa de La Paz, entró un viajero desolado que venía de la capital Sucre, con la noticia del motín contra el Presidente dando por evidente su muerte cuando en realidad solo estaba herido en el brazo.

Diez de Medina, que admiraba profundamente la figura sin tacha del Gran Mariscal, se sintió desgarrado:

—Han asesinado —dijo— al virtuoso Sucre, el verdadero libertador de Bolivia. ¡Qué infamia, qué vergüenza!

Ordenó que ensillaran su caballo y a la madrugada partía a su hacienda "Calachapi", en la quebrada de Caracato, despidiéndose de sus amigos con palabras conmovedoras:

—Adiós señores, para siempre. Grato a vuestros favores.

Un silencio de 20 años cubre la etapa final de tan noble vida. Encerrado en "Calachapi", Diez de Medina, desengañado del mundo y de los hombres, rompió contacto con parientes y amigos: no quiso ver a nadie. Solo dos vecinos de la región —entre ellos Juan Bautista Cernadas— narran cómo transcurrió su vida en esa época de aislamiento.

Habitaba una pequeña casa que él mismo diseñó e hizo levantar con los nativos de la finca. Abandonó la casa-quinta, próxima al camino, y erigió su nueva vivienda cuesta arriba, en la ladera de la montaña, donde nadie podría importunarlo. Católico ferviente, oía misa todos los días en la madrugada, en una capilla circular con dos torres que hizo construir, también obra suya aun existente.

Llamó a la nueva residencia "La Carolina", acaso en memoria de un amor misterioso que suavizó sus años de soledad y sufrimiento. Hoy sólo queda un muro semiderruido de tres arcadas y aun se ve el diseño del antiguo jardín que encantaba sus horas. Rodeado de parrales, árboles y frutas, pocos libros que se trajo de La Paz, fino tañedor de flauta, dicen que gustaba hacer bailar a los indiecitos de "Calachapi" enterneciéndolo el espectáculo de la niñez en regocijo.

Cierta vez, pasando por Caracato, el presidente José Ballivián, antiguo amigo, intentó visitarlo. Don Clemente fué al cerro.

Otros cuentan que a su muerte se hallaron dos petacas llenas de cartas que jamás abrió.

No se sabe donde reposan sus restos, pues Don Clemente hizo jurar al joven nativo que lo cuidaba, que lo enterraría en un paraje secreto, por los cerros, para que no quedara rastro de su existencia.

Murió en 1848, en absoluta soledad, este hombre "de corazón de lirio y carácter de hierro" —según atestigua uno de sus biógrafos— cuyo destino adverso impidió que brillara en la estela de los triunfadores de la Independencia Americana.

El 4 de junio de 1848, el mismo día que el Mariscal Sucre era asesinado vilmente en la encrucijada de Berruecos, entregaba su alma a Dios don Clemente Diez de Medina.

¿Fue el más grande de los Diez de Medina? ¿Habría podido llegar más alto y lucir fecundo si el infortunio no hubiese cruzado su azarosa vida?

—Existencia nobilísima, digna de una novela por la fuerte dramaticidad de sus rasgos, es la del Héroe que pierde su batalla contra el Destino.

VII

En contraste con la de su progenitor, la vida de don Manuel Diez de Medina fue discreta y recogida.

Nació en La Paz en 1802. Casó con dama distinguida, doña Fabiana de los Ríos. Estudió en Londres. Sólo desempeñó un cargo público: Oficial Mayor de Relaciones Exteriores en el gobierno del Mariscal Sucre.

Don Manuel tuvo que reconstituir la fortuna paterna. Adquirió nuevas haciendas que añadió a las que ya poseía la familia: Siete Lomas, Dorado Grande y Dorado Chico. Fue administrador y encargado del manejo de bienes eclesiásticos, mereciendo distinción de la jerarquía católica por su honradez y actividad.

Abogado, persona culta, de excelente juicio, no quiso brillar ni litigar en el mundo. Era tenido por varón de consejo, conciliador, siempre dispuesto al bien y a lo justo.

Católico practicante era también, sin saberlo, algo taoísta, pues pensaba que hacer mucho enciende los ánimos y a veces prefería el silencio o a inacción como los mejores instrumentos para orillar problemas.

Existe un retrato antiguo al óleo, de gran tamaño, de don Manuel. Se ve al gran señor de frente despejada, ojos azules, sonrisa bondadosa. Un fino escepticismo bordea su semblante. Parece un personaje enigmático escapado de un lienzo de Ribera.

Es probable que la vida accidentada y la misantropía final de su padre, influyeran en don Manuel Diez de Medina, como es posible que su propia naturaleza íntima fuese proclive al recogimiento. Lo cierto es que con alternadas reapariciones en la sociedad paceña, el hijo de don Clemente transcurrió su vida en el campo, atendiendo sus haciendas o retirado en el hogar y consagrado al estudio. Amante de ciencias y letras, no dejó nada escrito. Falleció en 1865.

Dos hijos tuvo don Manuel: César y Federico.

El primero medio calaverón, de genio vivo y alegre, amado por las mujeres debido a su apostura. Dícese que saltando una cerca en el Prado cayó del caballo y se fracturó el cráneo, por lo cual llevaba una pieza de oro en la cabeza que le traía suerte. La fortuna le favorecía en los tapetes y como era rico por el padre, disipaba generosamente cuanto ganaba. Murió joven.

El primogénito de don Manuel, llamado Federico, nació en La Paz en 1839.

De buena estampa y maneras delicadas, unía a la distinción del porte inteligencia sobresaliente y sensibilidad cultivada. Hombre de mundo en toda la amplitud del vocablo, supo conciliar las aficiones del humanista con los deberes del buen ciudadano. Espíritu de selección brilló en la cátedra universitaria, en la diplomacia, en la política, y llegó a consagrarse como

autoridad en derecho internacional. Fué uno de los valores representativos de la cultura boliviana en la segunda mitad del siglo XIX.

Don Federico adquirió la finca "Siripaka" en el altiplano paceño. Siripaka, en aimára arcaico, quiere decir "el que lleva la luz, el que dice la verdad". Y a fe que esta fué la misión de su dueño.

En sus textos de "Derecho Internacional", "Derecho Civil" y "Derecho Público Político", bebieron varias generaciones, habiendo trascendido las fronteras patrias su prestigio de internacionalista. Otros trabajos sobre cuestiones de límites, electorales e históricas constituyen su acervo doctrinal. Fué el primero en defender, en Bolivia, el derecho de las minorías como una conquista de la ciencia política.

Profesor en las Universidades de La Paz y de Lima, dictó las cátedras de Derecho Público, Economía Política y Derecho Internacional. Como Hostos en Puerto Rico, como Aspiazu en Bolivia, fué el prototipo del sabio en sociedad, del varón prudente y sagaz que en medio al tumulto que lo circunda se esfuerza en difundir ideas sanas, normas de buena conducta, tratando de elevar el nivel moral de su comunidad.

Bolivia salía difícilmente de la colonia. Su iniciación republicana brotaba del torbellino militarista y populachero. Eran tiempos de caciques y caudillos. La espada, la fuerza, valían más que la ley; el motín antes que la continuidad constitucional. ¿Qué podía hacer un hombre de derecho en la convulsa sociedad nacional? Lo que hizo don Federico: predicar serenamente legalidad y concordia, prudencia y rectitud.

—Enseñemos a pensar bien a las gentes —era su lema.

Fué Cancelario de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz, cargo equivalente, hoy, al de Rector. Alcalde Municipal. Ministro Plenipotenciario en el Perú y en el Brasil. Catedrático y publicista. Ministro de Relaciones Exteriores. Precursor del sistema federativo y de la descentralización administrativa. Defendió los derechos de Bolivia en cuestiones limítrofes y otras materias, en memorables controversias con publicistas argentinos, peruanos, brasileiros y chilenos. "Hablaba — afirma J. Nicolás Reyes — como quien quería tomar con ambas manos a su patria y sepultársela en el corazón."

Casó con doña María Lértora Larrea y Loayza, de noble familia arequipeña, descendiente de genoveses, dama bella y cultísima. Tuvieron ocho hijos y un hogar ejemplar.

Buen jinete, don Federico viajaba en mula a los Yungas y a Caracato. Era delicado de salud y a veces debía montar a caballo para dirigirse a la Universidad, o bien dictaba clases en su propia casa. Guardaba vivo amor hacia la clase nativa.

—El indio es la reserva de Bolivia — solía afirmar— y tenemos el deber de redimirlo y educarlo.

En sus haciendas manejaba con mano paternal y bondadosa a sus colonos.

Federico Diez de Medina llevaba un artista en su interior que el estudioso, el político, el padre de familia no dejaron desarrollar. Tocaba el piano admirablemente, a veces a cuatro manos con doña María, y amaba las composiciones de Schubert y de Chopin. Compuso el vals "Saudade", pieza inspirada y melancólica.

En 1882, en el curso de una grave dolencia que amenazó su vida, creó esta "Oración" que atestigua nobleza de alma y estro de poeta:

"¡Dios omnipotente y misericordioso! ¡Tu, cuya bondad se derrama diariamente sobre la tierra, como una emanación de tu infinita misericordia! ¡Tu, que das savia a las plantas, que te muestran su gratitud elevando al cielo sus ramas y el puro incienso de sus flores. ¡Tu, que das alimento y vida a las aves, que al nacer el día te bendicen con su humilde canto! ¡Tu, sin cuya

voluntad nada, nada respira, nada vive, nada se anima! ¡Tu, Señor, con tu infinita bondad, con tu inagotable misericordia, dame salud, Padre mío; dame la salud que desde el fondo de mi alma suplicante y humillada te imploro; dámela para que pueda velar por los tiernos hijos que me diste; para cuidar de la fiel compañera que tu me concediste; dámela para que con ellos levante a Ti mis ojos húmedos de agradecimiento; para alabarte, uniendo mi pobre voz a la eterna alabanza de las plantas, de las aves y de toda la creación, que por Ti alienta y muestra vida; para que mi vida sea consagrada a bendecirte y adorar tu grandiosa, tu paternal, y tu infinita misericordia! Amén."

La Octava Conferencia Panamericana, reunida en Lima en 1939, dejó constancia, por acuerdo de 21 naciones "de su homenaje a la memoria del Excelentísimo señor don Federico Diez de Medina, honrando así el centenario del nacimiento de tan ilustre publicista."

En su casa solariega en las calles Mercado y Yanacocha, don Federico reunió bellos cuadros, obras de arte y una biblioteca jurídica. Sobresalían en la sala principal muebles franceses, un "Bechstein" de cola y un hermoso jarrón chino que la familia conserva. Posiblemente refiriéndose a las cualidades de este varón superior, al refinamiento de su vida íntima y a la delicadeza de su trato, expresó alguna vez Julio L. Jaimes, renombrado escritor y hombre público boliviano:

"Varón exquisito en el trato, profundo en el saber, delicado en sus reacciones emotivas, don Federico Diez de Medina combinaba las virtudes del gran señor con las excelencias de hombre de estudio y de meditación. Le hemos visto transcurrir lo mismo en la gran asamblea internacional que en el pequeño cónclave de amigos, sobresaliendo siempre por su claro talento y su refinado temperamento, una mezcla singular de artista y hombre de Estado. Estas flores de cultura van desapareciendo ya."

Hombre de bien, hombre de mundo, estadista, diplomático y publicista de vuelo, padre ejemplar, maestro en el campo del derecho internacional, afuera un señor, adentro un poeta, don Federico Diez de Medina dió renombre al apellido en la sociedad paceña y en la sociedad nacional, proyectándolo más allá del ámbito patrio.

He aquí una vida decorosa que se dignifica en estas palabras recogidas por uno de sus hijos:

—No importa brillar; lo que cuenta es proceder con rectitud. Si alguien te hiere, olvídalo, no busques represalia. Amar es mejor que perseguir. El que puede inclinar su cabeza en la almohada sin que su conciencia le haga reproches, ese es el hombre feliz."

Don Federico falleció en 1904 a los 65 años de edad. Su deceso conmovió a Bolivia y repercutió en la conciencia americana.

VIII

Don Federico tuvo ocho hijos. Los que más se distinguieron Alberto, el primogénito, Eduardo, Federico y Carlos.

Alberto Diez de Medina (1879-1932) era alto, de fisonomía atractiva y prestancia de gran señor. Parecía un jeque árabe. Político y diplomático, fué diputado, periodista, embajador y Ministro de Relaciones. Culto y fino escribió poco. Gustáronle la filosofía, la música y los estudios históricos y genealógicos. Dedicó pacientes investigaciones al estudio de los orígenes y a curso de la familia Diez de Medina a través de las generaciones. Tocaba el piano con mucho gusto. Trajo bellas pinturas al país entre ellas un hermoso óleo de Giuseppe Bezzuoli "Angélica y Medoro". Pionero de la urbanización de Obrajes tuvo en ese barrio una linda quinta, y una nutrida biblioteca. Varón de singulares virtudes su presencia infundía inmediata simpatía. Su ritmo de vida pausado, señorial, despertó pocas envidias y mucha admiración.

Federico Diez de Medina Lértora (1882-1963) abrazó la carrera de las armas alcanzando el grado de Coronel. Abandonó su profesión para entregarse a los estudios científicos.

Arqueólogo, etnólogo y sociólogo, dedicó cuarenta años a formar el Museo Diez de Medina, maravilla de organización técnica, debida a su solo esfuerzo. Todo el pasado prehistórico de Bolivia, con especialización en las culturas preincas y Tiwanaku, fué reconstituido en su mente y luego clasificado sistemáticamente en su museo arqueológico que formó sacrificadamente invirtiendo en él todos sus recursos económicos —fortuna, sueldos, y a veces vendiendo bienes para convertirlos en piezas arqueológicas—. Publicó numerosos ensayos y estudios sobre Tiwanaku —la pasión de su vida— y otros aspectos de nuestra prehistoria, muchos de los cuales se divulgaron en el exterior labrándole fama de sabio en la materia. Desgraciadamente no alcanzó a publicar la "summa" de su saber, una proyectada obra monumental que debió resumir 40 años de investigaciones, y que hoy se halla, en parte, dispersa en revistas y periódicos. Autodidacto, como Arturo Posnansky, el otro gran precursor de la "tiwanacología", él mismo dibujaba, recomponía los ceramios del ancestro, pirograba sus estantes y organizaba primorosamente su museo. Adquirido por el Estado Boliviano, éste forma parte, hoy, del Museo Nacional Tiahuanaco y comprende (el de Diez de Medina) más de 40.000 piezas. Diez de Medina Lértora lo dió todo al estudio metódico y a la reconstrucción del pasado, sacrificando vida, familia y el propio bienestar a la arqueología.

Carlos Diez de Medina (1884-1973) industrial y hombre de negocios, sobresalió por su espíritu de empresa. Trabajó en Cañamina en la industria alcohólica, perdiendo allí fortuna y salud (contrajo la temible terciana como otros de sus antecesores). Luego se rehizo labores mineras. Explotó los lavaderos de oro de ChuquiagUILlo. Rehizo su fortuna en las minas de "Chojñacota", "Iroco" y "Amayapampa". Industrializó la turba como combustible en las fábricas. Con riesgo de su fortuna construyó el primer hotel moderno en La Paz: el Sucre Palace Hotel. Donó tierras para los ciegos en Miraflores. Fué Ministro de Hacienda. Compuso un libro "El Estaño en Oriente", después de realizar una extensa gira por esa parte del mundo, libro que aun se consulta. Sobresaliente economista, teorizó sobre una futura eliminación del oro como factor de sostén de los sistemas monetarios. Fué también Prefecto de La Paz y Presidente del Concejo Deliberante. Ganó mucho dinero. Fundó empresas, impulsó industrias, ayudó a muchos. Amigo de estadistas y políticos, su consejo siempre fué escuchado por su claridad de visión en los problemas nacionales.

El más notable de los hijos de don Federico fué don Eduardo Diez de Medina, mi padre, nacido en 1881.

Es difícil abarcar, en pocas páginas, la extrema complejidad de esta vida admirable. Acaso los dos mejores documentos para conocerla son: "De un Siglo al Otro", memorias de un hombre público, voluminoso libro autobiográfico debido a su prolífica pluma, editado en 1955; y mi ensayo "Fantasía a la Memoria de mi Padre" incluído en la segunda edición de mi libro "Thunupa" (1956).

Lo que no sucede en las viejas sociedades europeas, ocurre en las jóvenes naciones sudamericanas. La escasez de varones superiores obliga a la multiplicidad: el talento, en la primera mitad del siglo XX, no se especializaba, servía para todo. Plural fluía la actividad humana. Se ensayaba, se improvisaba, se aprendía por sí más que en los textos, sin perjuicio de afirmarse en una determinada materia. Una mente sólida, un corazón ardiente, una voluntad tenaz se abrían campo aceptando las incitaciones del contorno. Proteo rodaba al acecho. Don Eduardo respondió a sus desafíos.

No es el amor filial el que plantea esta pregunta:

—¿Quién fué don Eduardo Diez de Medina?

Y el que da la respuesta justa:

—Un gran encantador que ensayó con éxito todos los registros del vivir y del hacer.

Era un compendio de humanidad. En un solo hombre, único y muchos. Su ingenio múltiple y ondeante pasó por todos los planos de la actividad nacional. Fué todo un hombre. Su

estilo armonioso de vida y pensamiento no se podría imitar. Alma solar, inolvidable espíritu, quien lo conoció no pudo escapar al hechizo de su fascinante personalidad.

Estudiante aventajado, corta sus estudios de abogado para viajar a Europa como secretario de Legación. Juventud dorada: buen mozo, rico, inteligente, ávido de mujeres y placeres. En París enamora a la famosa Gaby Deslys que después casó con el Maharajá de Kapurtala. Pierde su fortuna en el juego. Asiste a los grandes teatros, conciertos, hipódromos. Alterna con políticos y escritores. Conoce a Rubén Darío, Amado Nervo, Chocano, Gómez Carrillo y Bobadilla. Manda crónicas literarias aladas a "La Prensa" de Buenos Aires. Hace versos, estudia y se divierte. Desafía a duelo al marqués de Rojas porque habló mal de Bolivia. A los 24 años es un "gourmet", un "bon viveur", un joven diplomático con la experiencia de un hombre de mundo.

En 1906 casa con doña Etelvina Guachalla Solares, dama virtuosa, bella y culta de la sociedad paceña. Tuvo cuatro hijos: María Hortensia, Fernando, Raúl y Gabriela.

Diplomacia y derecho internacional fueron las vocaciones de su vida. Poesía y literatura sus válvulas de escape.

En cincuenta años de actividad desenvuelve múltiples tareas.

Como periodista funda y publica "El Estudiante", "El Diario", "La Tarde"; luego las revistas "Literatura y Arte", "Atlántida" y "Pan-América", especializada ésta última en temas internacionales. Colaboró en revistas de Europa y de América.

En diplomacia escala todas las jerarquías: desde auxiliar y secretario, pasando por consejero y ministro, hasta embajador y Canciller de la República. Representó a Bolivia en Inglaterra, Francia, España, Estados Unidos, Cuba, México, Argentina, Chile, Uruguay, Perú, Paraguay. Asistió a numerosos congresos y conferencias continentales. Sostuvo lucidas polémicas con publicistas de varias naciones sudamericanas defendiendo los derechos de Bolivia. Firmó la paz del Chaco, diez tratados internacionales, y creó la doctrina de Neutralidad Marítima que lleva su nombre. Muchas veces embajador y consultor de la Cancillería, ocupó varias veces el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores.

Como político, funcionario público y estadista desempeñó los siguientes cargos, en todos los cuales evidenció honestidad, espíritu de iniciativa y eficacia administrativa: Jefe de sección en diversos ministerios; Oficial Mayor de Guerra; Subsecretario de RR.EE; Prefecto de Oruro; Alcalde de La Paz; Ministro de Instrucción Pública; Asesor de RR.EE; Ministro de Relaciones Exteriores.

Fundó a Círculo de la Prensa. Fué Director de la Academia Boliviana de la Lengua. Miembro de los Institutos de Derecho Internacional de Washington, Lima y Buenos Aires. Hubo época en que su nombre fué propuesto para la Presidencia de la República.

El poeta y el escritor no fueron menos fecundos. Dejó 30 libros: 10 de poesía, 12 de asuntos internacionales; 2 de prosa literaria; 4 didácticos, 1 de polémicas y otro de memorias. Los mejores: "Poesías Escogidas", "Estrofas Nómadas"; "Mallcu-Kaphaj" poema premiado; "La Cuestión del Pacífico"; "El Problema Continental"; "Bagatelas"; "Paisajes Criollos"; "Conferencias sobre el Chaco"; "Problemas Internacionales"; "Apuntes sobre tópicos internacionales."

Tuvo un método de vida y otro de trabajo conciliando los goces de la existencia con los deberes de productividad. Brilló en clubs sociales y culturales. Fué amigo de los deportes. Firme en la defensa de los derechos bolivianos, en política actuó siempre amigo leal y conciliador. Por su inteligencia esclarecida y su ingenio chispeante, fué maestro para el diálogo, buscado por jóvenes y adultos.

No concluyó sus estudios de abogado, pero por su contracción al estudio y su talento fué considerado entre los grandes juriconsultos e internacionalistas de América. En crónicas de

prensa, dentro y fuera del país, se le comparó, como diplomático, con Metternich y el príncipe de Broglie por esa rara mezcla de mundo y hombre de Estado.

En cierta ocasión, Carlos Anze Soria, diputado y diplomático boliviano, decía:

"Eduardo Diez de Medina es nuestra máxima autoridad en materia de cuestiones internacionales. Sus profundos estudios y su fina percepción intelectual le permitieron abordar brillantemente los temas más difíciles. Podría compararse con grandes estadistas europeos de fulgurante cerebro como Briand, Spaak y el príncipe de Benedent. Sus estudios sobre neutralidad marítima y el derecho de asilo hacen doctrina."

Don Eduardo sobresalió en asambleas internacionales. Su palabra siempre fué escuchada con interés por su versación en la materia tratada y lo elegante de la exposición. Baste evocar las difíciles jornadas que precedieron a la paz del Chaco, en la cual obtuvo la devolución de 20.000 kilómetros cuadrados y la entrega de 8000 prisioneros sin pago alguno por su manutención, apesar de que el Gobierno lo había autorizado a desembolsar hasta un millón de libras esterlinas.

Tan resonante y eficaz fué la actuación de Diez de Medina en el curso y suscripción de ese magno acontecimiento, que un renombrado político y publicista paraguayo, en su obra "La paz del Chaco", critica acremente ese pacto, calificándolo como un triunfo de la diplomacia boliviana. La tesis de Ramírez es que lo que se ganó en los campos de batalla, Paraguay lo perdió en la mesa de las conferencias de paz y en el Tratado que suscribieron los Cancilleres Diez de Medina y Báez.

Bolivia salvó toda la zona petrolera y alejó al Paraguay de las zonas de influencia a Santa Cruz, recuperando, además, un importante sector territorio. Este interesante proceso histórico que cierra el penoso curso de nuestras controversias y guerras de límites, está lúcidamente explicado en el capítulo XII, La paz del Chaco, del libro "De un Siglo al Otro" de Diez de Medina.

Pero si el hombre público, el diplomático y el internacionalista merecieron respeto unánime en el país y en el exterior, no fué menor la siembra de afecto y simpatía en el corazón de sus contemporáneos. Don Eduardo fué el hombre noble, culto, fino por excelencia. Jamás cobró agravios, nunca hizo daño. Varón de consejo, a flor de labios la palabra sagaz, fué amigo de jóvenes y viejos. Ayudó a cuantos pudo. Generoso, abierto, jamás se prestó a la intriga ni a la envidia.

Sabía escuchar, sabía olvidar, sabía comprender el punto de vista del prójimo. No se creyó infalible. Fué un civilizador, un amigo de los bolivianos. Muchos que lo conocieron consideran que nadie lo superó en magnanimidad ni en delicadeza de trato.

Doce Grandes Cruces y más de 20 condecoraciones de gobiernos extranjeros esmaltan su carrera diplomática.

Fué el creador de la Orden Nacional del Cóndor de los Andes, en 1925, al celebrarse el primer Centenario de Bolivia.

Ganó los Juegos Florales de 1919 con su poema de inspiración vernacular "Mallcu-Kapac".

Cincuenta y tres años de servicios activos a la Nación cumplió don Eduardo Diez de Medina, falleciendo a los 74 en 1955 en La Paz.

Este gran boliviano y gran señor, tuvo un alma sutil de poeta y de artista que la vocación pública y diplomática así como los frecuentes viajes, impidieron desarrollar en plenitud. Baste evocar sus finas traducciones de Verlaine, Mallarmé, Bilac, Correa, la versión en verso castellano del "Toi et Moi" de Gerald, y la impecable traducción del "If" de Kipling, la mejor de las ocho que se conoce en idioma español.

Varón de gran calidad humana y de aptitudes múltiples, nacionalista por el corazón, cosmopolita por la experiencia, puso el terruño y la patria por encima de las razones de universalidad.

Buen jinete, billarista, bailarín impenitente, ganó y perdió fortunas con ánimo sereno. Conoció a grandes estadistas del mundo, fué amigo de presidentes, de escritores y de artistas. Alternó con hombres de ciencia y de negocios. Amó a bellas mujeres. Tuvo siempre en los labios el verso fácil y la palabra seductora. Acaso su mayor virtud, desde el ángulo de observación de la plenitud humana, fué el saber conjugar los deberes del austero ciudadano con los deliquios del varón que hace un arte de su vida. Alma polifacética. Maestro de vida. Amigo sin par. Pocos lo alcanzan en capacidad de rendimiento y en sabiduría para la expansión individual.

Siendo opuestos por el carácter y el rumbo divergente de sus vidas, a veces pienso que don Eduardo fué más grande que don Clemente, porque éste desdeñó mundo y gentes, encerrándose en altivo silencio, aquel afrontó la vida y los hombres valerosamente, supo vencer de émulos y envidiosos, realizó obra fecunda en la vida pública y en las letras y terminó dejando nombre y renombre de personalidad proteica, extraordinaria por su dimensión humana y su versatilidad de proyecciones.

Ni sus extensas "Memorias", amenas y de gran animación, ni el esbozo esquemático que yo tracé en mi "Fantasía", agotan el perfil atildado de esta figura excepcional. Recorriendo su línea vital, evocando sus dichos y sus hechos, siempre queda al juzgador una ligera desazón: era más, bastante más de lo que se ha visto.

Era un compendio de señorío, de humanidad.

Mejor ciudadano no lo hubo, caballero más cabal tampoco.

Este varón armonioso perteneció al reino superior de los elegidos. Clarísima inteligencia, extremo don de simpatía, y un espíritu de trabajo infatigable fueron sus armas contra el mundo: con ellas lo venció.

Así termina la Crónica de los Antepasados. Sobria y limpia como las vidas que la integran.

Que la mano que compone este relato y las que sigan después sean dignas de varones tan ilustres.

La presente primera edición electrónica De "CRÓNICA DE LOS ANTEPASADOS".
Es propiedad del Editor Rolando Díez de Medina, 2005. La Paz – Bolivia.

[Inicio](#)